

SER Y RAZON DE SER DEL MAL

El mal, nadie lo duda, es el misterio más oscuro de cuantos nos salen al paso en este mundo tercamente oscuro de nuestra existencia. Como una sombra, camina el mal a la zaga de la historia humana. De todas las épocas se nos cuentan cosas terribles y malas. En nuestro común destino presente parece que el poder oscuro del mal incluso ha arreciado y ha acrecentado sus horrores, como insistentemente lo prueban vastas zonas de la literatura actual.

Al considerar eso, notamos que lo malo del hombre y de su historia es de una naturaleza peculiar, distinta del instinto de agresión meramente biológico que también denominamos malo¹. La furia agresora del animal que ataca es de índole distinta a la maldad de un acto violento o despotismo humanos.

La cuestión que se suscita es pues: ¿Qué es lo malo propiamente dicho, es decir lo *humanamente malo*? Y segundo: ¿cómo es posible?

A esta cuestión, que ha preocupado ya a tantos grandes pensadores, es a la que intentamos aportar en esta conferencia algunas ideas.

I

BIEN, MAL Y LIBERTAD HUMANA

Lo malo en sentido propio lo encontramos dentro del área del hombre y de su vida, de su mundo, de sus comunidades, de su historia. Sólo dentro de ese ámbito topamos con el mal. El hombre es en nuestro mundo el lugar donde se manifiesta el mal. El animal puede ser dañino o furioso, pero no malo en

¹ Cf. el conocido libro de Konrad Lorenz, "Das sogenannte Böse. Zur Naturgeschichte der Aggression", 4ª ed. Viena 1964.

sentido específico, como ya dijimos. Lo que está *por encima del hombre*: Dios, tampoco puede ser malo. ¿Será por ventura por esa "ubicación del hombre en el cosmos" (Scheler): debajo de Dios y por encima del animal, por lo que el hombre puede ser malo y lo es a veces?

Mirado de más cerca, el mal queda circunscrito al área de la libertad humana. Propiamente malos son sólo los actos y decisiones libres del hombre y, por lo mismo, son algo completamente distinto a meros actos fallidos de la capacidad de reacción humana.

La pregunta acerca del ser y razón de ser del mal desemboca en la pregunta acerca del ser y la índole de la libertad humana. Si en alguna parte, es en el ámbito de la libertad humana donde tiene que mostrarse qué es eso: lo malo.

Por eso preguntamos ahora, acercándonos cada vez más a nuestro tema: ¿Qué es eso de la libertad humana? ¿Cómo vive? ¿Qué se nos muestra en ella?

La libertad humana nos presenta primeramente una vida confusamente abigarrada: hombres que desarrollándose libremente quieren esto, apetecen aquello y temen esto otro; que persiguen múltiples fines y que desisten de ellos; que se yerguen y que desfallecen, etc. En estas múltiples estructuras y formas de vida de la libertad ¿se nos muestra algún rasgo fundamental en que coincidan todas ellas y que, no obstante su diversidad, las guíe y sostenga a todas?

Sí, efectivamente. Todos los movimientos de la libertad coinciden en el rasgo fundamental de ser relaciones o realizaciones de lo bueno. Todos ellos se manifiestan como guiados y llevados con miras a lo bueno.

La expresión "lo bueno" la entendemos aquí en un sentido inespecífico y por lo tanto muy vasto y amplio. Entendemos nuestra tesis como una tesis fenomenológica, es decir, ella deberá decirnos qué es lo que se muestra y manifiesta a sí mismo en el acaecer de la libertad, mirándola, digamos, desde su interior.

Una ojeada que echaremos a unos cuantos casos característicos nos ayudará a documentar nuestra tesis por vía de ejemplo.

Si el hombre produce es porque eso le parece provechoso y necesario y por lo tanto bueno. Si investiga cielos y tierra es porque eso se le antoja importante y por lo tanto bueno.

O sencillamente: si conversa con sus amigos es porque el hacerlo le parece agradable y razonable y por lo tanto bueno. Pero también ocurre que el hombre lucha contra las pretensiones de otros y no pocas veces con dureza; llega incluso a desencadenar guerras, o sea contiendas en gran escala. ¿Por qué? Porque se le antoja importante, forzoso y por lo tanto bueno el imponerse, aunque sea echando mano del poder y la violencia. O bien despliega terror y espanto en torno suyo. ¿Por qué? Porque quiere mostrarse fuerte, poderoso, terrible; porque eso le parece lo importante, y por tanto lo bueno. O también: el hombre cae en la "*skepsis*" de "nadie sabe nada de nada", o más aún en la desesperación escéptica de "nada tiene sentido". ¿Por qué razón se vuelve el hombre a esas oscuras posibilidades? Por considerarlas más sinceras y mejores que un consuelo de vanas ilusiones. También él anda rastreando el bien.

Todos siguen el rastro del bien. La libertad, vuélvase hacia lo claro o hacia lo oscuro, hacia lo positivo o lo negativo, siempre vive fascinada por el bien. Sus movimientos son, en todo caso, movimientos hacia el bien o hacia formas de realización del bien; esto es lo que podemos y tenemos que decir si consideramos la libertad desde dentro, en el aspecto que a sí misma se da la libertad y bajo el que ella misma se concibe.

La pregunta acerca del mal ha dirigido nuestra atención hacia la libertad; más si miramos en derredor en el ámbito de la libertad, encontramos por todas partes y, según parece, sin excepción el bien. El mal parece haberse desvanecido. Con ello se acrecienta todavía más el enigma del mal.

Su verdadera naturaleza, sin embargo, sólo podrá descubrírnosla si de momento la abandonamos a su incógnita, para continuar meditando algo más sobre la naturaleza de ese fenómeno del bien, tal como lo hemos hallado en el ámbito interno de la libertad.

Si preguntamos cuál es la envergadura de ese Bien, entonces tenemos que contestar: el bien de la libertad lo abarca todo; nada hay que caiga completamente fuera de ella. Por eso es constitutivo fundamental de la libertad el querer saberlo todo, poseerlo todo, dominarlo todo. Abarcarlo todo es bueno; y viceversa: bueno es lo que abarca todo. Por eso el horizonte de los intereses humanos no tiene límites, acusándose aquellos tantos más vivamente en los límites provisorios

y efectivos con que topa la realización. Lo inexplorable a los principios se convierte así para el hombre en lo más interesante y lo que más le cautiva.

Incluso aquello que nos parece no apetecible (o sea no bueno) y aquello que nos deja indiferentes o aquello que esquivamos: todo ello cae dentro del horizonte de nuestra libertad y por lo mismo dentro del horizonte del bien, destacándose sobre ese fondo como algo que no parece bueno y que por tanto no queremos; lo miramos bajo la perspectiva de bondad y sobre ese fondo se destaca. Por tanto queda abarcado también, si bien de manera distinta, por el horizonte totalitario de lo bueno. Si renunciamos libremente a optar por él es que esa renuncia nos parece lo mejor, y así vuelve a ser el bien quien nos llama desde ella. "Omne ens est bonum". He aquí un enunciado de la fenomenología de la libertad.

El horizonte del bien de la libertad humana es omnicompreensivo, más aún: es omnitrascendente. Trasciende todas las posibilidades de la libertad y de su mundo a la vez que las abarca todas. Por eso a los ojos de la libertad humana todo es bueno, pero nada suficientemente bueno en sentido pleno. Todas las posibilidades de nuestra existencia se nos insinúan como codiciables, o sea buenas. Pero ningún ser ni posibilidad alguna del ser nos son tan plena y completamente buenos que puedan colmar nuestro anhelo sin dejar aguijón de deseo. Podemos decir por tanto: todo en nuestro mundo es de alguna forma o en alguna de sus modificaciones bueno, pero nada hay que sea completamente bueno. Esa es la razón de por qué la libertad, aún pudiendo apetecer toda clase de seres, sin embargo por ninguno de ellos se deja colmar tan completa y absolutamente, de tal manera que no pueda también decidirse a no querer y a abstenerse. Todo ser puede ser deseado, pero todo ser puede igualmente no ser deseado, pues, si bien en todos aparece el bien, como nada hay que aparezca plenamente bueno, siempre hay adjunto algo no-bueno bajo algún aspecto. Estos son aspectos a cuya vista podemos decir, mirando a las posibilidades que encierra un ser cualquiera: "esto no vale nada", cuando echamos de menos, bajo esos aspectos, el sentido pleno de lo bueno.

Si nuestra perspectiva no falla, entonces podemos decir respecto al principio u origen del bien en general: ese origen brilla y se manifiesta en todo ser, pero a la vez sobrepasa todo ser. Lo bueno como tal prevalece por encima de todo lo

que existe en torno nuestro. En la vida concreta de nuestro existir en el mundo esto se manifiesta en el hecho de que cualquier límite, cualquier negación, va a contrapelo de nuestra existencia y le repugna. El no saber algo, no poder algo, no tener algo, considerado en esa su negatividad, nunca puede ser para nosotros bueno y nunca puede ser deseado por sí mismo. Dicho de otra manera: siempre que el hombre, al desplegar su existencia y su libertad, se encuentra con un límite, siempre hay algo que le empuja e incita a traspasarlo. De ahí que el hombre no pueda menos de querer cada vez más aún, sin que logre jamás por un simple acumulamiento de esos "más aún", satisfacer adecuadamente ese su interés primordial y trascendental.

Tales experiencias nos muestran que el origen y principio de lo que llamamos bueno, al abarcarlo todo, sobrepasa juntamente todo, y al resistirse a todo límite y término, cabe en sí como infinito.

Lo bueno, en cuanto infinito, tensiona la libertad del hombre hasta el infinito, moldeándola y moviéndola más allá de todo límite y constituyendo así la vida de esa libertad.

Lo ilimitado, es decir esa forma en que se presenta lo bueno en todo ser, pero que requiere al ser del hombre más allá y por encima de todo ser, se le presenta asimismo como algo incondicional y absoluto, ya que en el fondo y por naturaleza, nuestra libertad está enderezada hacia la felicidad absoluta o hacia un sentido y fin absoluto, o bien hacia un poderío incondicional. Todo fin o felicidad que sea meramente relativa y condicional jamás nos puede satisfacer, sino ser tan sólo signo provisorio y promesa precursora, pero no término y plenitud, aquello en que el hombre pueda descansar y posarse y donde pueda ser del todo: uno consigo mismo para siempre.

Encontramos, por tanto, en el fondo de nuestra libertad, la huella del origen del Bien, aquello que podemos y solemos llamar sentido del vivir o dicha. Se halla de manera latente desde luego, pero inconfundible como huella de un poder infinito e incondicional, cuyo brillo y cuyo reclamo indeseable nos está incesantemente llamando y arrastrando. De ahí que lo incondicional e infinito vive en la raíz más íntima de nuestra libertad. Más aún: esa trama latente aparece tan esencial e inexcusable, que ella es el cimiento de toda posible autorealización de nuestro ser en cuanto libre en el mundo.

De ahí que, cuando al hombre se le vuelve problemático en su conjunto todo eso que llama fundamento, sentido o felicidad, todo se le vuelve nada y vacío, y acaba por decir: "aquí no hay nada que hacer". Y entonces es cuando comienza a decaer su libertad, en general como en particular, en formas de decadencia tales como desesperación, hastío de vivir y demás formas.

Viceversa: cuando el hombre comienza a ver con claridad un sentido-soporte, una dicha sin límites, o como se la quiera llamar, entonces el mundo entero se reaviva a sus ojos al par que se reaviva su ser como libertad, frente a todo rumbo posible. Estas experiencias nos enseñan que la tracción de lo Ilimitado y lo Incondicional es para nosotros el supuesto indispensable de que algo pueda importarnos en absoluto y de que podamos querer algo en absoluto, es decir, de que seamos capaces de actualizarnos a nosotros mismos libremente con respecto a un fin. Descubrimos aquí, por tanto, la huella de un poder que no hemos creado ni ideado nosotros, sino del que podemos decir con mucha más razón que es él quien nos hace hombres y libres y quien con esa intención nos ha concebido y concibe como hombres. Desde este ángulo se entiende mejor que pueda llegar a decir Santo Tomás en "De veritate" 22,2: "sicut Deus propter hoc quod est primus efficiens, agit in omni agente, ita propter hoc quod est ultimus finis, appetitur in omni fine". Si bien añade Santo Tomás que aquí se trata por naturaleza y primeramente de una mera relación implícita, que no hace falta que sea siempre explícita sin más, esto no impide en modo alguno el que, en consonancia absoluta con los fenómenos de la existencia humana, sea siempre la libertad humana un realizarse a sí misma tensada desde dentro, tensada y animada por el Infinito e Incondicional, y que por tanto, en ese supuesto, ser hombre signifique "quodammodo" unidad con el Infinito y Absoluto.

II

LA CONTRADICCIÓN DE LA LIBERTAD CONSIGO MISMA

Si nuestra visión de lo que antecede ha sido justa ¿qué margen le queda entonces al Mal? Si la libertad humana está siempre tensada por un poder infinito bueno ¿cómo cabe

imaginar que sea posible el Mal? ¿Cómo puede tener esencia cuando toda libertad se mueve siempre en la esencial del Bien? Nuevamente y más radicalmente aún parece desvanecerse el Mal del único ámbito en que esperábamos encontrarlo, el área de la libertad humana.

Pero precisamente frente al poder abarcador y en definitiva divino del Bien, que se hace presente en ese área, es menester afirmar y repetir insistentemente: el Mal existe. Está atestiguado como hecho, como realidad monstruosa y tétrica de la existencia humana, por muy imposible que pueda parecer en teoría. Y precisamente esa aparente imposibilidad del mal es la que nos fuerza ahora no sólo a tomar en serio su esencia, sino a examinarla más exacta y rigurosamente.

Por eso preguntamos ahora: habida cuenta de la relación estrecha de la libertad humana con el Bien ¿qué es lo que se manifiesta cuando el Mal se realiza fácticamente como forma de libertad? ¿Qué cariz presenta el penetrar de la libertad al ser mala? ¿Cómo se muestra la fenomenalidad peculiar de la libertad mala? Volvemos a preguntar en sentido estrictamente fenomenológico, abordando ahora directamente nuestro tema.

Lo primero que aparece es que la libertad sólo aprehende lo malo, es más: sólo puede aprehenderlo por razón de algo bueno que le atraiga en él. Por el brillo seductor del placer, por ejemplo, o por afán de poder. Ese brillo es el que a veces anima a la libertad dispuesta ya para el salto, diciéndole: "¡qué hermoso, qué bueno!" Y entonces la libertad opta por lo malo tomándolo por bueno. Pero nunca toma la libertad lo malo por ser malo, sino más bien siempre porque es bueno o porque así le parece. Nuevamente vemos: en el horizonte de la libertad no existe, propiamente hablando, más que lo bueno; e incluso allí donde la libertad vira hacia el mal, es lo bueno en lo malo lo que mueve a la libertad.

Pero en segundo lugar y en un plano más inferior se muestra que la libertad sabe muy bien en este caso que el bien que aprehende —ese logro de poder o de placer— es en el fondo vicioso y torcido y por lo tanto malo. Sabe que es un bien malo, y que ella va por un camino torcido. Si no lo supiera, entonces tampoco sería mala en su entraña y emprendería, eso sí, inocente e ignorante, un camino tal vez de perdición. La libertad aprehende lo bueno en lo malo, conociendo en el fondo lo malo de lo malo.

Lo tercero que observamos en el fenómeno de la libertad mala es lo decisivo: a saber, en qué dramática lucha se halla en él lo bueno de lo malo con lo malo de lo malo.

¿Qué sucede cuando un hombre obra libremente lo malo? El sabe que obra lo malo y que por tanto lo quiere. Sabe asimismo que él no quiere lo malo en cuanto malo, ni puede quererlo (a no ser que éste se le aparezca disfrazado de bueno). Más todavía: sabe en el fondo que él jamás y por nada de este mundo podrá estar contento y en unión consigo mismo si se hace, y es, culpable y malo. Sabe que lo que le separa del Mal es algo absoluto e incanjeable.

Según eso, el hombre puede desde luego querer lo malo con su libertad caduca y finita, pero sólo queriendo, es más, queriendo absolutamente en el fondo lo que al mismo tiempo no quiere, más aún: lo que en el fondo tampoco quiere en absoluto. El mal sólo tiene realidad en cuanto que el hombre lo quiere y lo obra frente a todo obstáculo. Pero al mismo tiempo tampoco quiere ser malo, por nada de este mundo; y así lo malo es lo que a la vez se quiere y no se quiere. Es la contradicción intrínseca de la libertad vivida y llevada a cabo.

Esto sólo es soportable para la libertad, más aún: sólo es posible negando la contradicción. La libertad sabe que no puede convivir con el mal. Sin embargo lo obra. Más, para no tener aparentemente que vivir con él, declara lo malo por bueno, gana la apariencia de bien y logra así convivir con él en alguna forma. Por eso suele decir: "nadie me va a negar el derecho" o "no tengo más remedio" o bien "tendré que hacerlo por fuerza mayor", etc. La libertad aprehende lo malo por razón del bien que le atrae en él, y esto lo hace declarando y dando por buena lo malo que hay en aquél. Solamente así —y aunque sólo sea temporalmente— puede la libertad arreglárselas con el mal.

Ese extraño drama del mal se complica tanto más por el hecho de que en su más íntima entraña sabe la libertad muy bien que son vanos sus esfuerzos; sabe que por mucho que así lo declare, no puede hacer desaparecer el mal. Sabe que lucha contra la verdad, la verdad de que ella es la mala. Sabe que de esa lucha con la verdad nunca, en rigor, puede salir victoriosa. Ese conocimiento de fondo de la inutilidad de sus esfuerzos, no puede por menos de aumentar cada vez más la energía de la libertad mala en hacer su mala obra; tiene que aumentar asimismo la energía que precisa para

declarar lo malo por bueno. La libertad mala, mientras lo es, tiene que intentar interferir la voz incondicional de la verdad, mediante un empleo cada vez mayor de energía de acción y energía de represión. La propensión al fanatismo, a saltar toda norma y barrera, a evadirse hacia los horrores de lo exorbitante, emerge de esta lógica interna del Mal. Así de extraña se nos presenta la estructura interna de la libertad cuando ésta se decide por lo malo.

¿Cómo hemos de interpretar ese drama de la libertad mala en conflicto consigo misma y hacerlo comprensible partiendo de la naturaleza de la libertad humana en cuanto humana? Esta va a ser nuestra última pregunta a este propósito.

Para aclararla recordemos que hemos encontrado la libertad humana como sellada por lo Infinito e Incondicional, por ese poder que en el lenguaje de la religión llamamos Dios. Y así, lo que de veras le importa a la libertad humana, aunque por lo regular de manera latente, es esa grandeza.

Una vez asentado ésto, tracemos ahora dos posibilidades extremas, a modo de límites extremos de la libertad humana, hacia arriba y hacia abajo. Ambos se mostrarán como posibilidades imposibles, pero gracias a ello nos harán ver el lugar ontológico y la raíz ontológica de la libertad humana como libertad para el bien y para el mal, y arrojarán una luz sobre la raíz y la esencia del mal.

Una de las posibilidades que trazamos es ésta: volvamos a concebir la libertad como una vida en el medio de lo Infinito y desde lo Infinito e Incondicional; y añadamos a este pensamiento, por vía de experimento, este otro: ¿Qué sucedería si el hombre tuviera en su mano la libertad en el ámbito sin límites que se abre ante ella y sin ningún género de limitación y ambigüedad? Entonces podría llevar y llevaría de hecho una vida infinita y absolutamente segura de sí misma.

¿Y qué sucedería si el hombre con su libertad pudiera, sin más y por naturaleza, adueñarse de lo Absoluto —felicidad absoluta, verdad absoluta, justicia absoluta—, que es lo que siempre y lo que de veras le importa? Entonces llevaría una vida no sólo infinita, sino además una vida absoluta en cuanto a su dimensión infinita. Y esto no porque se atendería o tendría que atenerse a un Absoluto exterior a él, sino sencillamente porque él sería entonces el que es, y porque vivi-

ría desde la propia plenitud de su ser. De estos supuestos que hacemos resulta el diseño de una vida infinita desde sí misma y absoluta e incondicional por sí misma. Pero este diseño no es un mero experimento académico de ideas, sino que emerge constantemente de la vida real de la libertad humana. Constantemente quisiera llevar el hombre esa vida tan magnífica, tan libérrima y tan incondicional. Ha sido Friedrich Nietzsche quien ha dado expresión más egregia a esa aspiración de la libertad humana, y es notable la fascinación que constantemente ejerce su pensamiento sobre el hombre.

¿Qué clase de diseño o proyecto es ése, del que podemos decir que es un proyecto de la libertad misma? Se trata de un proyecto de vida divina en sentido propio. Si realmente pudiera el hombre alcanzar, y alcanzara de hecho, las dimensiones de su proyecto, desaparecería entonces la diferencia entre lo humano y lo divino, ya que el hombre sería, él mismo y por sí mismo, vida infinita e incondicional. Sería trascendido el límite inconmensurable que separa lo finito de lo infinito, la criatura de lo divino.

Ese trascender nunca es posible. Dios no tiene semejante, si hay criatura alguna que le iguale. Pero ese proyecto de vivir como Dios, que asciende del corazón mismo de la libertad, hace patente cuán cerca está la libertad humana, por su raíz más íntima, del límite absoluto. Tan cerca, que es capaz de proyectar, como vida suya, la vida absoluta, claro está que solamente aquende el límite, el cual es intrascendible. La libertad humana es libertad a la vera del límite supremo.

Tracemos ahora otro proyecto opuesto. Proyectemos como posibilidad que la libertad humana no esté determinada en modo alguno por el principio infinito e incondicional. ¿Qué resulta entonces? Resulta como libertad una vida que sólo está determinada finita y condicionalmente; o sea una vida que no mira ni puede mirar más allá de su límite, sino que permanece más bien confinada dentro de él; una vida despojada de todo interés por lo Absoluto, y solamente interesada y capaz de interesarse por lo fáctico. Tenemos ante nosotros la imagen de una vida que se pierde en meras facticidades caducas, sin jamás elevarse por encima de ellas.

Ahora bien: eso significaría que habría desaparecido de la vida el elemento mismo de la libertad. Lo que antes era libertad habría descendido a ser mera naturaleza, sin dife-

renciarse fundamentalmente de la vida natural animal. La libertad en este caso habría sobrepasado el límite hacia abajo, perdiéndose a sí misma como libertad al sobrepasarlo. El proyecto de una libertad meramente finita es el proyecto de una libertad que habría dejado en absoluto de ser tal, ya que como mera finitud es la libertad imposible e inconcebible.

Estas proyecciones de límite que hemos trazado hacen resaltar el lugar peculiarísimo de la libertad humana, a la vez que hacen comprensibles sus posibilidades y su naturaleza.

La libertad humana no puede ser determinada tan sólo finitamente, ya que entonces dejaría de ser libertad. Tampoco puede ser, en un sentido pleno, determinada infinitamente, pues perdería su diferencia con la libertad divina. Por tanto, sólo puede existir estando determinada en su esencia por lo Infinito y siendo bajo ese aspecto, naturalmente, como Dios; pero en cuanto que tiene que actualizarse a sí misma en la realidad como infinitamente determinada, no estando segura de su destino y determinación y no siendo en su esencia, definitivamente, una consigo misma. Esto significa que en la realización de su existencia como libertad se puede apartar de aquello que la determina inseparablemente en su esencia. Su lugar ontológico está tan cerca de lo Infinito que sólo se diferencia de él por el modo de ser de su realizarse existencial.

Esta es la posición más extrema y a la vez la única posible para la libertad finita, esto es, para la infinitud finita. No está segura de su propia esencia en la manera de existir, ni puede estarlo. Eso es lo que la distingue de Dios.

El lugar de la libertad humana es pues el último confín, la cumbre en que lo finito se toca con lo infinito sin llegar a ser sencillamente infinito. Por eso leemos en Santo Tomás de Aquino: "anima intellectiva est creata in confinio aeternitatis et temporis"*. La fórmula procede del *Liber de Causis*, de origen neoplatónico; **.

La vida en la cumbre de ese confín es forzosamente una vida en peligro, pues aquí es donde aparece ese singular peligro que no amenaza al animal ni a Dios, pero sí al hombre situado entre ambos: el peligro del Mal. De esa ubicación ontológicamente única del hombre nace la posibilidad del mal

* [SCG III, 61,2362].

** [cf. Sto. Tomás "In librum de causis expositio", ed. Pera, Turín 1955, 63 ss y pág. 18].

como el verdadero peligro de ese ser rayano del más extremo límite, puesto que al hombre le es posible y tiene que serle posible en su existir, es decir, en la ejecución de su existencia como libertad, el desprenderse y decaer de su propia esencia, y con ello, al mismo tiempo, del Incondicional que determina su esencia, como hemos visto.

Ahora bien: desde este ángulo y a través de esa posibilidad podemos interpretar la esencia del Mal, tan pronto como el hombre realiza y lleva a cabo esa posibilidad, como un decaer de la libertad de su propia esencia, puesto que si el hombre lleva a cabo esa decadencia, no puede contentarse con ser finito meramente, sino que más bien continúa siendo determinado en su esencia por lo Infinito.

Así tiene que ocurrir el curioso, aunque comprensible, fenómeno siguiente: la libertad aprehende el bien o lo que le parece serlo. No puede por menos. Lo hace para lograr ser feliz, en realidad para ser feliz incondicionalmente, y para ser grande, en realidad para ser grande incondicionalmente. Pero al hacerlo, lo hace decayendo de su felicidad incondicional y de su grandeza incondicional. Con ello cae en contradicción consigo misma. Lo que hace contradice a su ser; en la soberanía de su obrar quiere aquello que no quiere en el fondo de su ser, ni puede querer. Tiene contra sí la voz de su naturaleza en forma de mala conciencia.

Sabe que lo bueno que aprehende es un bien malo, y que nunca le podrá dar lo que le pide: felicidad incondicional y grandeza incondicional. Se lo dice la voz de su esencia.

Pero no quiere oír esa voz ni quiere saberlo, pues no puede querer ser mala. Y no puede querer ser mala porque lleva en su esencia indeleblemente impreso el sello del Bien incondicional del que no puede deshacerse. De esa manera reprime la voz de su esencia contraria a su obrar y se dice levantando la voz: "¿no he de tener derecho? ¡Si es una cosa justa y buena!". Y hace así desaparecer la contradicción en los bajos de la libertad.

Ahora bien: con ese bien por el que ha optado, la libertad tiene que aventurar un extremo: tiene que tratar de ganar con él lo Incondicional, que es lo que en definitiva le importa a su ser; tiene que desearlo incondicionalmente en cuanto felicidad incondicional, justicia incondicional, grandeza incondicional. Tiene que querer ser con él igual a Dios.

Y la desdichada sabe sin embargo de sobra, en el fondo reprimido de su ser, que eso es imposible.

Siempre puede originarse en la libertad un decaimiento por debajo de su ser: la extraña figura del Mal.

La esencia del mal se manifiesta entonces como la contradicción llevada a cabo de la libertad consigo misma; o como el bien tomado incondicionalmente en su realización sin ser incondicionalmente buena; o bien: como el intento del hombre de ser igual a Dios, contradiciéndose a sí mismo como imagen y semejanza de Dios, que le da el haber sido creado como libre.

La esencia del Mal queda clara si se la mira desde la raíz ontológica de extrema posición fronteriza del ser del hombre. El hombre aparece así como la más grande y la más aventurada de todas las criaturas que conocemos.

El libro sagrado, la Biblia, parece confirmarnos este hallazgo fenomenológico. El Génesis (1,26) pone en boca de Dios las palabras: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". Pero más adelante oímos algo parecido de boca de la serpiente, (Gén. 3,5): "Seréis como Dios, conocedores del bien y del mal". La más alta prerrogativa que ha dado Dios al hombre es, a su vez, su más extremado peligro y la fuente de su más sombría tentación. La serpiente lo sabía muy bien.